

El que se quiera determinar á leer estas cartas se ha de armar de paciencia, para aguantar los yerros de gramática, el estilo enfático y chabacano, y los pensamientos vulgares espresados en términos altisonantes; de antemano debe saber que los que las escribían no eran franceses, ingenios agudos, académicos, filósofos; sino gentes de una provincia, extranjeros, solitarios, mozos y casi niños, que en sus novelescas imaginaciones confunden con la filosofía los honrados desvarios de su cerebro.

¿Porque he de reparar en decir lo que pienso? Esta colección con su estilo gótico es mejor para las mugeres que los libros de filosofía, y tambien puede servir para las que en medio del desarreglo de su vida han conservado algun amor á la honestidad. En cuanto á las doncellas, eso es otra cosa. Nunca leyó novelas una casta doncella, y á esta le he puesto un título bastante claro, para que así que la abran, sepan de que naturaleza es. La doncella que no obstante el título se atreva á leer una sola página, ya es perdida, pero no impute á este libro su pérdida, que ya estaba el daño hecho. Una vez que ha comenzado, que siga, porque nada tiene ya que perder.

Si un varon austero repasando esta colección, se enfada desde las primeras páginas, tira encolerizado el libro, y se enoja contra el editor, no me quejaré de su injusticia; porque puesto en su lugar acaso hubiera yo hecho otro tanto. Si despues de haberla leído toda entera, se atreviese alguno á censurarme por haberla publicado, dígalo, si quiere, á todo el mundo, pero no me lo venga á decir á mi, porque se que no podría en mi vida estimar al tal hombre.

Id, buenos personajes con quienes con tanta complacencia he vivido, y que tantas veces me habeis consolado de los agravios de los malos. Id á buscar á vuestros semejantes, y huid de las ciudades que no los hallaréis en ellas. Id á las humildes soledades á consolar á alguna pareja de fieles esposos, cuya union con los embelesos de la vuestra se estreche; á algun hombre ingenioso y sensible que sepa amar vuestro estado; á algun solitario fastidiado del mundo, que aun desaprobando vuestras culpas y errores diga enternecido: Ah! estas eran las almas que la mia necesitaba!

JULIA,

6

LA NUEVA HELOISA.

PRIMERA PARTE.

CARTA PRIMERA.

A JULIA.

FUERZA es, señorita, huir de V., bien lo veo; así no lo hubiera dilatado tanto, ó por mejor decir, así nunca la hubiera á V. visto! Mas ¿que he de hacer ahora? Por donde tiraré? V. me ha prometido que será mi amiga; vea mis dudas y saqueme de ellas.

Bien sabe V. que entré en su casa á ruegos de su señora madre, que noticiosa de que yo tenia alguna instrucción en materias amenas, creyó que en un país donde no hay buenos maestros podría servir de algo para la educación de una hija á quien adora. Ufano yo de ornar con algunas flores tan deleitoso vergel, sin prever los riesgos, ó sin temerlos, tuve la osadía de admitir tan peligroso encargo. No diré á V. que empiezo á pagar la pena de mi arrojio; espero no propararme nunca á decir cosas que no es decente que V. las oiga, faltando al respeto que mas que á la hermosura y elevada cuna de V., á la pureza de sus costumbres debo. Si padezco, tengo á lo menos el consuelo de padecer solo; ni quiero una felicidad que pudiera costar algo á la dicha de V.

No obstante, cada día observo y conozco que, sin culpa y sin querer, agrava V. males que ni puede padecer ni debe saber. Bien sé que resolución, á

falta de esperanza, dicta en tal caso la prudencia, y ya la habria tomado si en la ocasion presente se pudiera avenir con esta la obligacion. Mas ¿como me he de retirar con decoro de una casa adonde me ha llamado la señora de ella, que tanto me agasaja, y que me cree útil á lo que mas en el mundo quiere? Como he de frustrar á tan tierna madre del gusto de ver á su esposo pasmado un día con los adelantamientos de V., en materias que de intento nunca le ha dicho que V. á ellas se aplicaba? He de tener la descortesía de irme sin decirle nada? Le declararé el motivo de mi ausencia? No se dará por ofendida con semejante confesion de un hombre tan desigual por su nacimiento y caudal á su hija?

Solo un medio veo, señorita, para salir del atolladero: y es que la mano que en él me ha sumido me saque, que vengan de V. mi culpa y mi castigo, y que por lastima á lo menos se digne arrojarne de su presencia. Enseñe V. esta carta á sus padres, haga que me cierren la puerta, despídame como guste; todo cuanto de V. venga lo llevaré con paciencia, pero no puedo irme por mi propio.

Echarme V.! irme yo! y porque? Porque es delito rendirse al merito, y amar lo que merece ser honrado! No, hermosa Julia; deslumbrados estaban mis ojos con tantos atractivos; mas nunca

hubieran los de V. triunfado en mi corazón sin otro mas poderoso, que todos los anima, y que consiste en la inefable union de una serenidad que jamas se altera con la sensibilidad mas esquisita, en la mas tierna compasion á los ajenos males, en la sana razon y seguro tino, acendrados frutos de una alma pura: en una palabra, mas que las prendas corporales adoro en V. las de su animo. Nóbueno que imaginen otros muger mas bella que V., todavia; empero mas amable, mas digna de cautivar el corazón de un hombre de bien, no, Julia, no es posible.

A veces me atrevo á lisonjearme de que hemos debido al cielo, no menos cierta conformidad de afectos que de inclinaciones é ideas. Todavía tan jóvenes nada en nosotros altera nuestras naturales inclinaciones, y parece que en ambos son las mismas. Antes de haber dado oídos á las preocupaciones todas uniformes del mundo, tenemos un mismo modo de ver y de pensar: ¿porqué pues no me he de atrever á imaginar que reina en nuestros corazones la misma armonia que en nuestro entendimiento? A veces se encuentran nuestras miradas, se exhalan á un tiempo nuestros suspiros, y mal ahogada una lagrima!... Ah! Julia, ¿si esta consonancia fuera!... si nos hubiera destinado el cielo!... todas las fuerzas humanas... Perdon, que me pierdo, mis deseos se tornan esperanzas, y el ardor de ellos sueña allanados los imposibles.

Con susto contemplo los tormentos que se prepara mi corazón. No quiero halagar mi pasion; aborrecerla; si fuera posible, querria; conozca V. si es puro mi afecto por la gracia que le pido. Agote V., si puede ser, la vena del veneno que me alimenta y me mata; sanar ó morir es lo que quiero, é imploro los rigores de V., como imploraria sus favores otro.

Si: yo prometo y juro esforzarme cuanto en mí esté para recuperar la razon, ó concentrar dentro de mi alma la agitacion que en ella siento, mas desvie V. por compasion de mis esos serenos ojos que me dan muerte; esconda de

los míos sus facciones, sus movimientos, su talla, sus brazos, sus manos, sus rubios cabellos; frustre la codiciosa imprudencia de mis miradas; retenga esa voz penetrante que nunca oigo sin turbarme todo, sea V., ay! otra que V. para que pueda volver en sí mi corazón.

He de hablar sin rebozo? En los juegos que á veces jugamos á prima noche, delante de todo el mundo permite V. que tome una cruel libertad no menos yo que los demas. Poco faltó ayer mismo para que en penitencia me dejara darle un beso, apenas V. se resistia; por fortuna desisti yo del empeño, porque ví, por la agitacion que en mí pecho se levantaba, que me iba á perder y me contuve: si á lo menos hubiera podido saborearle á mi gusto, hubiera sido este beso mi aliento postrero, y habria espirado el mas feliz de los hombres. Por Dios, abandonemos juegos que tan fatales consecuencias pueden acarrear. No; ni uno solo hay que no tenga peligro, hasta el mas pueril de todos. Siempre me temo dar con su mano de V., y no sé como es que siempre doy con ella. Apenas la tengo en la mia, me sobrecoge una palpitacion general; me da el juego calentura, ó mas bien delirio, y en estos instantes de desvario ¿que puedo decir, que hacer, donde esconderme, ni como saber de mí?

Otro inconveniente sobreviene en nuestras lecciones. Si veo á V. un momento sin su madre ó su prima, de repente muda de semblante, y se torna tan seria, tan fria y displicente, que me priva de mi presencia de animo mi razon, el respeto y el recelo de su desagrado; y apenas puedo decir temblando algunas palabras de una leccion que con toda la sagacidad de su entendimiento no puede V. comprender. Esta desigualdad que V. afecta perjudica así á entrambos; me desconsuela V. y no se instruye, sin poder yo atinar con el motivo que hace que mude así de humor persona de tanto juicio. Permita V. que le pregunte como puede ser tan alegre delante de gente, y tan seria cuando está sola. Yo pensaba que debería ser todo lo contrario, y que la seriedad habria de ser

á proporcion del numero de espectadores. En vez de eso, la veo á V. siempre confusa gastando ceremonia cuando nos hallamos solos, y libre delante de la gente. Dignese V. de mostrarme mas igual trato, y acaso será menor mi tormento.

Si la compasion, tan natural en las personas de buena indole puede enternecer á V. al contemplar las penas de un desventurado á quien ha manifestado alguna estimacion, menos violenta se hara su situacion, y mas llevaderos sus males y su silencio con alguna ligera mudanza en la conducta de V. Si no le mueven á V. su paciencia ni su desgracia, y si quiere usar del derecho de perderle, puede hacerlo sin que él se queje, que todavia mas quiere morir por orden de V. que por un imprudente rebato que á los ojos de V. le hiciera culpado. En fin de cualquier modo que V. de mi suerte disponga, á lo menos no me podrá achacar que formé temerarias esperanzas; y si ha leido esta carta, ah hecho V. todo cuanto yo me atreveria á solicitar, aun cuando no tuviera que temer repulsa.

CARTA II.

A JULIA.

¿CUAN engañado estaba, señorita, cuando escribia la pasada! Mis males en vez de recibir alivio, se han acrecentado, esponiendome á la desgracia de V., y reconozco que el peor de todos es incurir en su desagrado. El silencio de V., su frialdad y reserva sobrado á las claras me anuncian mi desgracia. V. para mi mayor tormento ha dado en parte oídos á mis ruegos:

*Y cuando de mi amor ya cierta fuiste,
Aprisionaste las doradas trenzas,
Ni en mí los bellos ojos mas pusiste.*

No me trata V. ya en público con la inocente confianza que antes solia, y de que loco yo me quejaba; pero es V. mas severa cuando estamos solos, y da igual ejercicio á su ingenioso rigor lo que niega que lo que otorga.

Si V. pudiera saber cuan dolorosa es

para mí esa frialdad, veria cuan grande es mi castigo; ¿Con cuantas ansias deseara yo deshacer lo hecho, y que nunca V. hubiera visto la funesta carta! No con el temor de ofenderla aun á V., tampoco escribiria esta si no hubiera escrito la primera, y no quiero doblar mi culpa, sino remediarla. ¿Diré para aplacar á V. que yo propio me engañaba, y que no era amor lo que sentía mi corazón? ¿Yo pronunciar tan odioso perjurio! ¿Es digon albergue de una vil mentira el corazón donde V. reina? Ah! sea en buen hora infeliz si he de serlo; no por eso será cobarde ni falso, ni puede negar mi pluma el delito que cometió mi corazón.

De antemano siento todo el peso del enojo de V., y aguardo sus últimos efectos como un fallo que á falta de otros me debe; porque el fuego que me consume es acreedor á castigo, mas no á desprecio. Por lastima no me abandone V. á mí propio; dignese á lo menos disponer de mi suerte, y decirme su voluntad. Mi obediencia será ciega; cualesquiera que sean las órdenes de V. ¿Me impone V. eterno silencio? sabré violentarme y observarle. Me arroja V. de su presencia? juro que nunca me verá. Me manda V. morir? ah! no será lo mas difícil la muerte. No hay mandamiento que yo no cumpla, como no sea el de no amar á V., y este mismo le obedeceria si me fuera posible.

Tentado me hallo cien veces al dia á arrojarme á las plantas de V., bañarlas con lagrimas, y alcanzar mi perdón ó mi muerte; mas siempre un susto mortal hiela mi animo, me tiemblan las rodillas y no aciertan á doblarse, muere la voz en mis labios, y no encuentra mi alma fuerza ninguna contra el temor de enojar á V.

¿Hay en el mundo situacion mas horrosa que la mia? Conoce mi corazón el exceso de su culpa, y no puede arrepentirse de ella; le agitan de continuo el remordimiento y el delito, y no sabiendo cual ha de ser mi destino, anegado en indecibles dudas fluctuo entre la esperanza de la clemencia y el temor del castigo.

Pero nada esperó, nada tengo derecho á esperar. El único favor que de V. aguardo es que acelere mi muerte, satisfaciendo su justa venganza. ¿No es suficiente desventura verme obligado á solicitarla yo propio? Castigueme V., que debe hacerlo; pero si no es despiadada deje el semblante de frialdad y desabrimiento que me desespera: cuando envían á un reo al suplicio no se manifiesta con él airado su juez.

CARTA III.

A JULIA.

No se impaciente V., señorita, esta será la postrera que V. de mí reciba.

Cuando yo empecé á querer á V. estaba muy lejos de prever la suma de males á que me esponía. Solo veía al principio los de un amor sin esperanza, que puede á fuerza de tiempo dominar la razón; luego conocí que era mayor mal todavía el temor de incurrir en el desagrado de V., y ahora padezco el mas crudo de todos en el sentimiento de sus penas de V., Julia; veo con amargura que mis quejas turban el sosiego de V., y aunque observa obstinado silencio, todo manifiesta á mi corazón las zozobras que á V. agitan: sus ojos de V. se clavan en la tierra pensativos y mustios, algunas inquietas miradas se dirigen hacia mí; los vivos colores de V. se marchitan, una amarillez no natural descolora sus mejillas; á la antigua ya muerta alegría ha sucedido una mortal tristeza, y solo la inalterable serenidad de su alma la preserva á V. de ratos de mal humor.

Ya sea sensibilidad, desdeñe ó compasión de mis males, veo que V. está aliada, temo contribuir á su aflicción, y este temor me causa mas pena que satisfacción pudiera la esperanza que de ella debía resultar; porque ó me engaño ó la felicidad de V. es para mí mas preciosa que la mía propia.

No obstante cuando á contemplar en mí me paro, conozco cuan mal habia juzgado de mi corazón, y muy tarde veo que lo que al principio habia mirado como un delirio transitorio decidirá de

la suerte de mi vida entera. Los progresos de la tristeza de V. son los que me han hecho conocer mi mal. Nunca, nunca el fuego de los ojos de V., lo encarnado de su tez, la viveza de su entendimiento, todos los donaires de su pasada alegría, hubieran producido efecto semejante al de su descaecimiento. No lo dude V., divina Julia, si pudiera ver en cuanto incendio han abrasado mi alma estos ocho dias de quebranto, lamentaria V. propia los males que me causa. De hoy mas ya no tienen remedio, y veo con la desesperacion que no se apagará hasta el sepulcro el fuego que me consume. No importa, quien no puede disfrutar la felicidad, podía á lo menos merecerla, y yo sabré precisar á V. á que estime á un hombre á quien no se ha dignado de darle respuesta ninguna. Mozo soy, y un día puedo grangearme el ser tenido en lo que no soy ahora. Entretanto debo restituir á V. el sosiego que yo para siempre he perdido, y de que privo á V. aquí contra mi voluntad. Justo es que yo solo sufra el castigo de un delito de que soy el unico reo. A Dios, hermosísima Julia; viva V. en paz, y recobre su alegría, que desde mañana no me volverá á ver. Viva V. cierta de que el ardiente y puro amor que me ha abrasado no se extinguirá mientras viva, y de que lleno mi corazón de objeto de tan alto merecimiento, nunca se podrá envilecer, y tributará de hoy mas unicamente su homenaje á V. y á la virtud, sin que se le vea profanar por otros fuegos el ara donde Julia fué adorada.

ESQUELA PRIMERA DE JULIA.

No se vaya V. con la opinion de que era necesaria su ausencia. Un pecho virtuoso sabria vencerse y callar, y acaso hubiera sido peligroso. Pero V... ya puede V. quedarse.

RESPUESTA.

Mucho tiempo vivi callando, y solo los rigores de V. me obligaron á romper el silencio. Si es posible vencerse en obsequio de la virtud, no lo es sufrir el desprecio del objeto amado. Me es preciso partir.

II. ESQUELA DE JULIA.

No señor; despues de los afectos que V. ha aparentado, despues de lo que se ha atrevido á decirme, un hombre como V. ha fingido que era no se va, que hace mas todavía.

RESPUESTA.

Lo único que yo he fingido es una pasión moderada, cuando mi pecho se partía de desesperacion. Mañana será V. contenta, y cualquiera cosa que diga, menos habré hecho que yéndome.

III ESQUELA DE JULIA.

INSANO! si aprecias mi vida, tiembala de privarte de la tuya. Estoy rodeada de gente, y no puedo ni hablar, ni escribir á V. hasta mañana.

CARTA IV.

DE JULIA.

Ex fin es necesario que descubra mi fatal secreto tan mal encubierto. Cuantas veces he jurado que solo con la vida saldria de mi pecho! El peligro de la tuya me le arranca, huye de mí, y con el honor. Ay que sobrado cumplida está mi palabra! ¿Que muerte mas cruel hay que la de sobrevivir á su honor?

Que diré? como romperé tan penoso silencio? Mas antes ¿no he dicho yo todo? no me has entendido tú? Ah! lo que has visto sobra para adivinar lo demas. Por grados arrastrada á los lazos de un vil seductor, veo sin poderme detener el horrible despeñadero donde voy á precipitarme. Hombre artero! mi amor mas que el tuyo ha sido causa de tu osadía. Ves el delirio de mi corazón, y de él te vales para perderme, y cuando me haces despreciable, el mas crudo de mis males es verme forzada á despreciarte. Desventurado! yo te estimaba, y tú me deshonras! Créeme, si fuera tu corazón capaz de gozar en paz de este triunfo, nunca le hubiera conseguido.

Bien sabes para tu mayor remordimiento que no habia en mi alma inclinaciones estragadas. Amaba la honradez

y la modestia, y las cultivaba en mi sencilla y laboriosa vida. ¿De que me ha servido una diligencia que ha desechado el cielo? Desde el dia primero que tuve la desdicha de verte, bebi el veneno que mis sentidos y mi razon corrompe, le bebi en aquel primer instante, y tus ojos, tus afectos, tus razones, tu delincente pluma cada dia mas mortífero le hacen.

Nada he omitido para atajar los progresos de esta fatal pasión. No pudiendo resistirla quise preservarme de sus embates, y tus persecuciones han frustrado mi prudencia vana. Gien veces he querido arrojarle á los pies de los autores de mi vida, abrirles mi corazón culpado: no pueden saber lo que en él pasa, y querrán aplicar remedios comunes á una enfermedad mortal; mi madre es debil y no tiene autoridad, conozco la severidad inflexible de mi padre, y solo lograria perder y deshonrar á mí, á mi familia y á ti propio. Está ausente mi amiga, ha muerto mi hermano; no tengo en el mundo protector ninguno contra el enemigo que me persigue; imploro en balde el cielo; el cielo es sordo á los ruegos de los desvalidos. Todo atiza el fuego que me abrasa; todo me abandona á mí propia, ó por mejor decir todo me entrega á ti, parece complice contigo la naturaleza entera; son vanos mis esfuerzos todos, y te adoro á despecho de mí misma. ¿Como ahora podré ceder á medias mi corazón que con toda su fuerza no ha podido resistirte? Y este corazón que nada sabe disimular, como te ha de ocultar el resto de su flaqueza? Ah! el primer paso, el que mas cuesta es el que no debiera haber dado. Como me detendré ahora en los demas? No; de este me veo arrastrada al abismo, y puedes hacerme tan desgraciada cuanto quieras.

Tan horroroso es el estado en que me veo, que solo á quien á él me ha traído puedo recurrir para preservarme de mi pérdida, y que debes ser tú mi único defensor contra ti propio. Bien sé que podia diferir esta confesion de mi desesperacion, paliar por algun tiempo mi ignominia, y ceder por grados para engañarme á mí misma. Vanas artes que

podían halagar mi amor propio, no poner en salvo mi virtud. Ah! bien conozco, bien veo las consecuencias del primer yerro; y no querría preparar mi ruina, sino evitarla.

No obstante, si no eres tú el último de los hombres; si ha lucido en tu alma alguna chispa de virtud; si hay aun en ella algun vestigio de los afectos de honor que al parecer te guiaban: ¿te ereeré tan vil que abuses de la fatal confesion que me arranca mi desvario? No; te conozco, y sé que sustentará mi flaqueza, que serás mi centinela, y me ampararás contra mi propio corazon. Son tus virtudes el postrer albergue de mi inocencia; mi honor se atreve á farse del tuyo, y no puedes conservar uno sin otro; alma generosa, conservalos ambos, y dignate por tu amor de apiadarte de mí.

Dios, que afronta es la mia! de rodillas te escribo, bañando el papel en llanto, y alzando á ti mis humildes suplicas. Y no pienses por eso que yo ignoro que á mí me tocaba el recibirlas. y que para hacerme obedecer no tenía que hacer otra cosa que ser con maña despreciable. Admite, amigo, este vano imperio, y dejame la honestidad; mas quiero ser esclava tuya y vivir inocente que comprar tu dependencia á precio de mi deshonra. Si te dignas de escucharme ¡cuanto amor, cuanto respeto puedes aguardar de la que te será dendorá de su regreso á la vida! Que de atractivos tiene la serena union de dos almas puras! Vencidos tus deseos serán el manantial de tu felicidad, y los gustos que disfrute dignos del mismo cielo.

Creo y espero que un corazon que me ha parecido acreedor á prender el mio no desmienta la generosidad que de él aguardo; y tambien espero que si tan villano fuera que de mi desvario y la confesion á que me fuerza abusara, la indignacion y el desprecio me restituirian mi razon perdida, y no seria yo tan cobarde que temiese á un amante que me avergonzara. Tú serás virtuoso ó despreciable, yo respetada ó sana: esta es la unica esperanza que antes de morir me queda.

CARTA V.

A JULIA.

POTENCIAS celestiales, una alma tenía para el dolor; dadme otra para la felicidad. Amor, vida del alma, ven á sustentá la mia que desfallece. ¡Inefable atractivo de la virtud, invencible fuerza de la voz del objeto amado, felicidad, deleites, rebatos, que punzantes son vuestras flechas! ¿quien es capaz de sufrir sus tiros? Como he de resistir yo al torrente de delicias que mi corazon inunda? como calmaré los sustos de una medrosa amante? Julia!... No; mi Julia de rodillas! mi Julia vertiendo lágrimas.... ella, á quien debiera tributar homenaje el universo, suplicando al hombre que la adora que no la agravie, y no se deshonre á sí propio! Si pudiera yo enojarme contigo, lo haria por sustos que á ambos nos envilecen. Conoce mas, ó pura y celestial beldad, la naturaleza de tu imperio. Ah! si adoro yo tus gracias, ¿no es, mas que por nada, por el sello del alma sin mancha que las anima, y cuyo divino caracter vese estampado en tus facciones todas? Temes ceder á mi porfia? Y que porfia puede temer la que de respeto y honestidad cubre cuantos afectos inspira? Hay en la tierra hombre tan vil que se atrevá á ser contigo temerario?

Permite, permite que paladee la inesperada ventura de ser amado.... amado de aquella... trono del mundo, enan bajo me pareces! Vuelva yo mil veces á leer esta adorable carta que en caracteres de fuego pinta tu amor y tus afectos, donde en medio del arroyo de un pecho agitado contemplo, lleno de alborozo, como en un alma honrada conservan las pasiones mas vivas el caracter sagrado de la virtud. ¿Que monstruo, leida carta tan patética, podría abusar y manifestar con un acto irrefragable un profundo desprecio de sí propio? No; amante adorada, fiate de un fiel amigo que es incapaz de engañarte. Bien que para siempre haya yo perdido la razon, y que crezca á cada instante la turbacion de mis sentidos, tu persona será para mí de hoy mas, aunque el mas codiciado, el mas sacrosanto

CARTA VI.

DE JULIA A CLARA.

depósito con que ha sido honrado un mortal y conservarán mi llama y su objeto su inalterable pureza. Mas me estremecería poner la mano en tus castos atractivos que el mas vil incesto, ni estás mas inviolablemente segura con tu padre que con tu amante. Ah! si este amante venturoso olvidándose alguna vez delante de ti!... El amante de Julia ser un alma villana! no, cuando deje de amar la virtud, ya no te amaré, y á mi primer villanía quiero que no sigas amandome.

Tranquilízate pues, te lo ruego en nombre del tierno y puro amor que nos une; á él toca ser fiador de mi respeto, y á él responderle por sí propio. ¿Y porqué han de ser tus temores mayores que mis deseos? Ni á que otra duda puedo yo anhelar, si basta apenas todo mi corazon para la que disfruta? Verdad es que ambos somos mozos, que amamos por la primera y unica vez de nuestra vida, que no tenemos esperiencia ninguna de las pasiones. ¿Pero es acaso un conductor falar el honor que nos guía, ó necesita de una sospechosa esperiencia que solo á fuerza de vicios se grangea? No sé si me equivoco, pero me parece que moran todos los sentimientos rectos en lo interior de mi corazon. No soy yo un vil seductor, como tú desesperada me llamas; si un hombre candido y sensible que con facilidad manifiesta lo que siente y no siente cosa de que se deba avergonzar, y diciendolo todo en una palabra, todavia aborrezco mas el vicio que quiero á Julia. No sé, no, no lo sé, si el amor que tú inspiras es compatible con el olvido de la virtud, y si un alma que no sea honrada puede llenarse de tus gracias. Por mí cuanto mas ellas me prendan, mas sublimes son mis afectos. ¿Que buena accion hay que no hubiera yo hecho por amor de la virtud y que no hiciera ahora por merecerte? Ah! dignate de fiarte del fuego en que me has inflamado, y que tan bien sabes apurar, y cree que basta que te adore para respetar eternamente el precioso depósito que me encargas. Oh! que corazon voy á poseer! Verdadera felicidad, gloria de lo que se quiere, triunfo de un amor que se honra, cuanto mas vales tú que todos sus deleites!

¿QUIERES acaso, querida prima, pasar tu vida llorando á la pobre Challot, y que los muertos hagan que echies en olvido á los vivos? Razon tienes en sentir su muerte, yo tambien la siento. ¿Pero ha de ser eterno el llanto? Desde que murió tu madre, te habia criado con la mayor ternura, y mas que aya tuya era Challot tu amiga, te queria tiernamente, y á mí, porque tú me quieres, y nunca nos dió otros principios que los de la razon y el honor. Todo eso lo sé, querida, y lo confieso con gusto. Pero confieso que gastaba la buena de la muger poca prudencia con nosotras; que, sin que fuera menester, nos fiaba las cosas mas estrañas; que sin cesar nos hablaba de las maximas del galanteo, de los sucesos de su mocedad, de las astucias de los amantes; y para preservarnos de los lazos de los hombres, si no nos enseñaba á ponerselos, nos instruía á lo menos en mil cosas que no tienen para que saber más de nuestra edad. Así que consuelate de haberla perdido, como de mal que algunas utilidades acarrea. En la edad que tenemos podrian traer peligros sus lecciones, y acaso el cielo nos ha privado de ella cuando no convenia que estuviera mas tiempo con nosotras. Acuérdate de lo que me decias cuando perdi al mejor hermano. ¿Quieres tú mas á Challot? Tienes mas motivos para sentir su perdida? Vuelve, querida, ahora que ya de tí no necesita. Ay! mientras que malogras el tiempo en superfluos llantos, ¿no te reuelas que se te originen otros mas legitimos? No te espantas, tú que conoces el estado de mi corazon, de abandonar á tu amiga á peligros que hubiera obviado tu presencia? Ah! cuantas cosas han sucedido desde que tú faltas! Te estremecerás cuando sepas los riesgos que por imprudencia mia he corrido. Creo que ya estoy libre de ellos; pero me hallo, por decirlo así, á merced agena, y á tí te toca restituirme á mi propia. Date prisa y vuelve. Nada te he dicho, mientras que podias servir de algo á tu pobre aya, y hubiera sido la

de los corazones; no turba nuestra felicidad ni temor ni vergüenza, y en el seno de los verdaderos deleites del amor podemos sin rubor hablar de la virtud.

Con el placer la honestidad va unida.

No sé que tristes anuncios me agitan el pecho, y me dicen que el unico tiempo feliz que nos tiene destinado el cielo es el que ahora gozamos. En lo futuro solo descubro ausencia, tormentas, turbacion y contradicciones; y me parece que la menor mudanza de nuestra presente situacion ha de ser un mal. No; aun cuando nos uniera para siempre un vinculo mas suave, ne sé si no acarrearía la excesiva dicha su propia ruina. Es el momento de posesion crisis del amor, y es peligrosa para el nuestro cualquiera mudanza, que no podemos menos de salir de ella perdiendo.

Te lo ruego, tierno y unico amigo mio, procura calmar la embriaguez de tus vanos deseos que acompañan siempre desconsuelos, arrepentimiento y tristeza. Goecemos en paz de nuestra presente situacion. Tú te complaces en mi instruccion, y sabes con cuanto gusto escucho yo tus lecciones. Hagamos que sean mas frecuentes; sepárennos solo el tiempo que exige el buen parecer; gastemos en escribirnos las horas que no podamos vernos, y aprovechémonos de un precioso tiempo por el cual acaso un dia suspiraremos. ¡Ah, ojalá durara nuestra suerte cual es ahora nuestra vida toda! Se adorna el entendimiento, se ilustra la razon, se fortalece el alma, y goza el corazon: pues, ¿que falta para nuestra felicidad?

CARTA X.

A JULIA.

¡CUANTA razon tiene V., Julia mia, en decir que todavía no la conozo! A cada instante ero que he conocido todos los tesoros de esa hermosa alma, y al punto descubro otros nuevos. ¿Que muger ha sabido como V. aparear la ternura con la virtud, templar con una la otra, haciéndolas mas amables entrambas? Un no sé que amoroso que cautiva

encuentro en esa continencia que me llena de amargura; y adorna V. con tal gracia las privaciones que me impone, que falta poco para prendarme yo de ellas.

Cada dia reconozco mas y mas que el mas apreciable de los bienes es ser amado de V.: ni hay ni puede haber otro que con este se iguale; y si hubiera de escoger ó el corazon ó la posesion de mi Julia, no vacilaria ni un instante. ¿Mas cual sería el motivo de tan amarga alternativa, ni porque hemos de hacer incompatible lo que reunió la naturaleza? Es precioso el tiempo, dice V., sepamos disfrutarle como viene; y guardémosnos de turbar con nuestra impaciencia su apacible curso. Corra, con tal que sea feliz. ¿Por aprovecharnos de un estado amable, hemos de dejar otro mejor, prefiriendo á la suprema felicidad el sosiego? no es perdido el tiempo que puede gastarse mejor? Ah! ¿Si en un cuarto de hora podemos vivir mil años, á que viene calcular lentamente los dias que hayamos vivido?

Incontestable es cuanto dice V. de nuestra presente dicha, veo que debiéramos ser felices; y yo no obstante no lo soy. En vano habla por boca de V. la sabiduria, que es mas fuerte la voz de la naturaleza. ¿Que medio hay de resistirse á ella, cuando con la del corazon concuerda? En esta mansion terrenal nada veo fuera de V. que mis sentidos y mi alma pueda ocupar; no, sin Julia nada vale para mi la naturaleza, el imperio de esta reside en sus ojos, alli sí que es invencible.

No sucede así con V., celestial Julia, que, satisfecha con encantar nuestros sentidos, no tiene con los suyos batalla. Parece que no pueden las humanas pasiones elevarse á tan sublime alma; y como posee la beldad de un angel, así tambien su pureza. ¡Oh pureza que, murmurando respeto, quien abafarte, ó enaltecerse hasta ti pudiera! Pero no; siempre iré yo arrastrando por la tierra, y clara te verá lucir en el encumbrado cielo. Ah! sea V. á costa de mi sosiego feliz, y yo procuraré olvidarme de que soy digno de compasion, y de su felicidad

sacaré el alivio de mis males. Si; querida amante, me parece que es mi amor tan perfecto como su adorable objeto, en las perfecciones de su alma se apagan todos los deseos que inflaman sus atractivos, y contemplo tan apacible esta alma que no me atrevo á turbar su tranquilidad. Cada vez que intento robar á V. el menor cariño, mas que el riesgo de ofenderla, contiene mi corazon el temor de alterar felicidad tan pura: en el valor del bien por que anhelo, solo veo lo que á V. le puede costar; y no pudiendo concordar con la suya mi felicidad (vea V. si la quiero) renuncio la mia.

¡Cuan inexplicables contradicciones los afectos que V. me inspira originan! A un tiempo rendido y temerario, impetuoso y cobarde, ni alzar á V. los ojos puedo, sin que se levante una fieralid en mi pecho. Una mirada, la voz de V. insinua en mi corazon con el amor el inefable atractivo de la inocencia, divino hechizo que sentiria ver disipado. Si me atrevo á dar albergue á mas altos deseos, es cuando estoy lejos de V.: entonces mis deseos se encumbran hasta V., se dirigen á su imagen, y me vengo con ella del respeto á que me hallo forzado delante de su original. En tanto desfallezco y me consumo; corre por mis venas un fuego que nada puede apagar ó calmar, y que atizo esforzandome á contenerle. Debiera ser feliz, lo soy, convengo en ello; tal cual es mi suerte no la cambiaria con los monarcas de la tierra. No obstante me atormenta un mal al que en balde quiero evitar; no querria morir, y veo que me muero; quisiera vivir para V., y es V. quien me da la muerte.

CARTA XI.

DE JULIA.

AMIGO mio: bien veo que cada dia estoy mas prendada de V., no puedo ni un instante vivir separada de V., la mas corta ausencia se me hace insufrible, y es preciso que le vea ó le escriba para ocuparme en V. sin cesar. De esta suerte con el amor de V. crece el mio; que

ahora conozco cuanto me quiere en el temor verdadero que tiene de desagradarme, mientras que antes solo tenia uno aparente para mejor conseguir su fin. Bien sé yo distinguir en V. el imperio del corazon del delirio de una imaginacion inflamada; y cien veces mas pasion veo en reñeuar, como hace, sus deseos que en sus pasados rebatos. Tambien sé que el estado de V., aunque tan sujeto, no carece de satisfacciones. Cosa es grata para un sincero amante hacer sacrificios que todos se aprecian, y todos son acceptos al corazon de la que ama. ¿Y quien sabe si conociendo mi sensibilidad, no usa V. para seducirme la mas artera maña? Pero no; soy injusta, y V. es incapaz de gastar conmigo artificios. No obstante si soy discreta mas me desconfiaré de su respeto que de sus ardientes ruegos; y me temo que habiendo escogido el mas honrado medio haya V. tomado el mas peligroso.

Ensanchando mi pecho, quiero decir á V. una verdad que está en el profundamente grabada, y de que le convencerá el suyo; y es que á despecho de la fortuna, de nuestras familias y de nosotros mismos, estan unidos para siempre nuestros destinos, y que juntos habrémos deser dichosos ó desdichados. Nuestras almas se han tocado, por decirlo así, por todos sus puntos, y en todos hemos sentido la propia cohesion (Enmiéndeme V., amigo mio, si aplico mal sus lecciones de fisica.) Bien podrá la suerte separarnos, mas no desunirnos. Unos mismos serán nuestros gustos y nuestras penas; y como aquellas piedras de iman de que me ha hablado V., que dice que tienen los mismos movimientos en diversos parajes, así sentiremos ambos lo mismo en los dos extremos del orbe.

Asi que, pierda V. la esperanza, si alguna vez la tuvo, de gozar una felicidad exclusiva, á costa de la mia comprada, ni espere que pueda ser feliz si vivo yo deshonrada, ni contemplar satisfecho mis lagrimas y mi ignominia. Creame V., amado, yo conozco su corazon mejor que V. propio. Amor tan tierno y tan sincero ha de saber dominar sus deseos;

ha hecho V. ya demasiado para satisfacerlos sin perderse, y no puede llegar al colmo ni desdicha sin la suya.

Quisiera que se pudiese V. persuadir de lo mucho que á entrambos importa que me fie el cuidado de nuestra suerte comun. ¿Duda V. de que yo le quiero tanto como á mi misma, ó piensa que pueda haber para mí felicidad de que V. no sea partícipe? No, amigo mío, los mismos intereses que V. tengo yo, y alguna vez mas razon para conducirlos. Confieso que soy mas niña; pero, no ha notado V. que si por lo comun es la razon mas flaca y se apaga mas presto en las mugeres, tambien se forma mas antes, como un fragil tornasol que crece y muere antes que un roble? Desde nuestra edad primera nos vemos encargadas de tan peligroso deposito, que muy pronto despierta nuestra inteligencia el cuidado de conservarle; que es un medio exquisito para descubrir las consecuencias de las cosas la intima conciencia de los riesgos que por ellas nos sobrevienen. Por mi cuanto mas en nuestra situacion me ocupo, mas me convengo de que exige la razon lo que yo en nombre del amor solicito. Sea V. docil á su suave voz, y dejese guiar, ay! por otro ciego, pero que tiene á lo menos un arriño.

No sé, amado, si tendrán la felicidad de entenderse nuestros corazones, y si al leer esta carta se comunicará á V. el tierno afecto que la ha dictado, no sé si nos podremos un dia conformar en el modo de ver como en el de sentir; pero bien sé que el dictamen que debe seguirse es el de aquel de nosotros dos que menos su felicidad de la del otro separa.

CARTA XII.

A JULIA.

JULIA mia; ¿cuan patética es la sencillez de la ultima de V.! como se manifiesta en ella la serenidad de una alma inocente, y la solicitud tierna del amor! Los pensamientos de V. se exhalan sin arte ni afán, insinuando en el corazón una deliciosa impresion que no produciria un estilo ataviado. Con tanta sencillez

de V. razones invencibles, que es necesario reflexionar para conocer toda su fuerza; y tan poco le cuestan los mas sublimes afectos, que casi aparecen como el modo comun de pensar. Ah! sin duda que si, á V. compete regular nuestro destino; y no es este un derecho que le abandono, si obligacion que de V. exijo y justicia que pido; porque me debe su razon resarcir el perjuicio que ha hecho V. á la mia. Desde este punto entrego á V. por toda mi vida el imperio de mi voluntad: disponga de mí, como de hombre que nada es por sí propio, y cuyo ser todo á V. se refiere. Cumpliré, no lo dude V., la palabra que doy, cualquiera cosa que V. me mande: ó valdré mas, ó será V. mas feliz; y de ambos modos queda remunerada mi obediencia. Entrego pues en manos de V. sin reserva el cuidado de nuestra dicha comun, haga la suya, y está hecha la mia. Por mí, que no puedo olvidar á V. un instante, ni pensar en V. sin rebatos que debo enfrenar, me voy á ocupar unicamente en la tarea que me ha impuesto.

En un año que hace que estudiamos juntos, no hemos hecho casi otra cosa que leer sin orden y á la aventura, consultando mas el gusto de V. que ilustrándole; y por otra parte la turbacion de nuestra alma poca ó ninguna libertad al entendimiento dejaba. Mal fijados los ojos en el libro, si pronunciaba la boca las palabras, faltaba la atencion para las cosas. La primita de V., menos preocupada, se reia de nuestra poca inteligencia, utana con el facil honor de adelantarse. Poco á poco ha venido á ser la maestra de su maestro, y aunque á veces hayamos hecho burla de su vanidad, lo cierto es que es la unica de los tres que algo de cuanto hemos aprendido sabe.

Para resarcir el tiempo perdido (ay Julia! ¿cual otro fué mas bien empleado?), he imaginado una especie de plan que con el metodo compense el perjuicio que al saber nuestras distracciones han hecho. Se le envio á V.; luego le leeremos juntos; por ahora me cino á añadir aqui algunas cortas observaciones.

Si quisieramos, hermosa amiga mia,

hacer alarde de vasta erudicion, y saber mas para los demas que para nosotros propios, nada valdria mi sistema, el cual se reduce á entresacar poco de mucho, y de una rica biblioteca hacer una corta coleccion. Para la mayor parte de los que cultivan las ciencias son estas una moneda de que hacen sumo aprecio, pero que solo aumenta el bienestar en cuanto circula, y no vale mas que para el comercio. Prive V. á nuestros sabios de la satisfaccion de que los escuchen, y no harán caso de todo su saber: si hacian en su gabinete, es para desparramar en el publico, solo á los ojos agenos quieren ser sabios, y no se curaran del estudio, si faltara quien les diera aplausos (1). Nosotros, que queremos aprovecharnos de nuestros conocimientos, no los haciamos para venderlos, sino para que á nuestro uso sirvan, ni para que sean carga sino alimento. Poco leer y mucho meditar, ó lo que á esto equivale, razonar mucho de lo que hemos leído entre nosotros, es el único modo de dirigirlos bien; y pienso que una vez que ha contraido el entendimiento el habito de la reflexion, mas vale hallar por sí propio las cosas que en los libros se encuentran, siendo este el recreo eficaz para amoldarlas y apropiárselas á la cabeza de cada uno; en vez de que recibiendo como nos las dan, casi siempre tienen formas que no son las nuestras: mas ricos somos de lo que pensamos; pero, como dice Montaigne, nos adiestran á emprestar y pordiosear; nos enseñan á servirnos del caudal ageno antes que del propio, y acumulando sin cesar, no nos atrevemos á tocar á nada, semejantes á aquellos avarientos que solo en henchir sus graneros piensan, y en el seno de la abundancia se dejan perecer de hambre.

Yo confieso que hay muchos á quienes perjudicaria este método, que necesitan leer mucho y meditar poco; porque teniendo mal organizada la cabeza, no pueden reunir en ella cosas tan malas como sus propias producciones. A V.

le recomiendo yo todo lo contrario, á V. que en lo que lee pone mejores cosas que las que dice el autor, y cuyo activo espíritu compone sobre el libro otro libro mejor á veces. Nos comunicaremos nuestras ideas: yo diré á V. lo que hayan pensado los demas. V. me dirá lo que sobre la materia piense; y muchas veces saldre yo mas instruido de la leccion que V. propia.

Cuanto menos leamos mejor deberemos escoger los libros, y las razones de mi eleccion son las siguientes: es el principal yerro de los que estudian farse, como llevo dicho, en demasia de sus libros, y no sacar lo suficiente de su propio caudal, sin hacerse cargo que es entre todos los sofistas nuestra razon propia la que menos nos engaña. Al punto que quiere uno entrar en sí propio conoce lo que es bueno, y discierne lo que es hermoso; no necesitamos de que nos enseñe nadie á conocer lo uno u lo otro, y quien sobre esto se engaña es el que quiere engañarse. Empero son mas raros y menos conocidos los ejemplos de estimada bondad y belleza; es necesario ir á buscarlos lejos de nosotros; y la vanidad, que por nuestra flaqueza regula las fuerzas de la naturaleza, es causa de que reputemos por quimericas las dotes que no se hallan en nosotros: en esta pretensa imposibilidad se fundan el vicio y la pereza; y lo que no vemos cada dia pretende el hombre flaco que nunca se ha visto. Este error es el que conviene disipar, acostumbrándose á que y tocar estos grandes objetos, para remover todo pretexto para no imitarlos. Contemplando estos divinos modelos se eleva el animo y se inflama el corazón; á fuerza de examinarlos procura el hombre semejarse á ellos y no consiente la mediocridad sin mortal repugnancia.

No busquemos en los libros principios y reglas, que mas inconexas dentro de nosotros mismos encontramos. Dejemos todas las vanas contiendas de los filósofos acerca de la felicidad y la virtud,

(1) Así pensaba el mismo Séneca: si me dieran, dice, la ciencia, con la condicion de no manifestarla, no la admitiria. ¡Sublime filosofía, es este pues tu uso!

gastemos en hacernos buenos y felices el tiempo que pierden ellos en indagar de que modo hemos de serlo, y propongámonos la imitación de ilustres ejemplos, en vez del estudio de fútiles sistemas.

Siempre he creído que no era otra cosa la bondad que la belleza en acción, que una y otra tenían íntima conexión, y que era común fuente de ambas la naturaleza bien ordenada. De esta idea se sigue que se perfecciona el gusto por los mismos medios que la sana moral, y que una alma prendada de los atractivos de la virtud ha de ser también á proporción sensible á toda especie de hermosura. Nos ejercitamos no menos en ver que en tener conciencia de las ideas; ó por mejor decir, una exquisita vista es un tino fino y acendrado; así un pintor que contempla una hermosa vista, ó un bello cuadro, se deja arrebatar de objetos que ni siquiera distingue un espectador vulgar. ¿Cuántas cosas se conocen solo porque se sienten, sin que sea posible dar la razón! cuanto no sé que á cada paso se halla, y de que solo el buen gusto decide! Es en algún modo el gusto el microscopio del discernimiento, el que pone á su alcance los objetos pequeños, y sus operaciones empiezan donde las del otro acaban. ¿Qué se ha de hacer para cultivarle? Ejercitarse á ver como á tener íntima conciencia de los objetos; y á juzgar de la belleza por la vista, como por la conciencia de la bondad. No; yo sustentó que no es dado á todos los corazones sentirse agitados con la primer mirada de Julia.

Por eso, bella discípula mía, ciño todos los estudios de V. á libros de gusto y moral, y por eso, convirtiendo en ejemplos todo mi método, defino las virtudes, ofreciendo el dechado de varones virtuosos, y no doy otras reglas para escribir con acierto que los libros de buen estilo. No se maraville V. de ver así reducidas sus pasadas lecturas; estoy convencido de que es necesario cercenarlas para que sean provechosas, y cada día conozco mas que no merece ocupar á V. todo cuanto con el alma no habla. Vamos á suprimir los idiomas, menos el italiano, que sabe V. y le agrada;

dejaremos á un lado nuestros elementos de algebra y geometría, y abandonáremos hasta la física, si los términos que de ella V. saca me dejan ánimo para hacerlo; renunciaremos para siempre la historia moderna, excepto la de nuestro país, y eso porque es país sencillo y libre, donde se hallan varones antiguos en los tiempos modernos; porque no hemos de dejar que nos deslumbren los que dicen que la historia mas interesante para cada uno es la de su propio país. No es verdad, países hay cuya historia solo un necio ó un diplomático puede leerla. La mas interesante historia es aquella en que mas modelos se encuentran de toda especie de costumbres y caracteres, y en una palabra mas instrucción. Dirán que otro tanto hay de esto entre nosotros que entre los antiguos. No es verdad. Abrase su historia y se les hará callar. Pueblos hay sin facciones distintivas que no necesitan de pintores, y gobiernos sin carácter que no han menester historiadores, y donde cuando se sabe el puesto que ocupa un hombre, también se sabe de antemano lo que ha de hacer. Dirán que lo que nos hace falta son buenos historiadores, pero preguntémosles el porque. No es verdad. Dese materia para buenas historias, y se hallarán historiadores buenos. Finalmente dirán que los hombres en todos tiempos son los mismos, que las mismas virtudes y los mismos vicios tienen, y que solamente nos admiran los antiguos, porque son antiguos. Tampoco es verdad: que en otros tiempos se ejercitaban cosas grandes con cortos medios, y hoy todo lo contrario sucede. Coetáneos eran los antiguos de sus historiadores, y nos han enseñado á tributarles nuestra admiración; y cierto si los nuestros admiran un día á la posteridad, no lo aprenderá de nosotros.

Por contemplar con la inseparable prima he dejado algunos libros de literatura ligera que por V. no hubiera dejado: fuera del Petrarca, el Taso, el Metastasio y los maestros del teatro francés, no quiero poetas ni libros de amor, contra la práctica ordinaria de las lecturas destinadas al sexo de V. ¿Que

nos enseñarian de amor estos libros? Ah! Julia, mas nos dice nuestro corazón que todos ellos; muy frío es el idioma de imitación de los libros para quien está apasionado; además de que afeminan los ánimos semejantes estudios, los sumen en la molición, y los privan de su activo vigor. Por el contrario el amor verdadero es un incendio abrasador que comunica su calor á los demás afectos, y con una nueva fuerza los anima. Por eso dicen que hace héroes el amor; venturoso el que hubiera colocado la suerte en el puesto para serlo, si fuera Julia su amante!

CARTA XIII.

DE JULIA.

Bien decía yo que eramos felices, y ninguna cosa me lo prueba tan bien como la pesadumbre que me ocasiona la menor variación de situación; si sufriéramos penas muy vivas no sentiríamos tanto una ausencia de dos días. Digo que sufriéramos, porque sé que cabe á mi amigo parte de mi impaciencia, y le cabe parte porque yo la siento, y él también la siente por sí propio; ya no necesito de que me diga todas estas cosas.

Desde anoche estamos en la quinta; aun no es hora de verle en la ciudad; no obstante, este corto viaje me hace insufrible la ausencia de V., y si no me hubiera vedado la geometría, le diría que es mi desasosiego en razón compuesta del tiempo y el lugar, tanto creo que aumenta la distancia la pena de la ausencia.

La carta de V. y su plan de estudios los he traído para meditar en uno y otro; y ya he leído dos veces la primera; el fin de ella me ha interesado mucho. Veo, amigo mio, que me tiene V. un verdadero amor, puesto que su pasión no le ha estorbado que ame las cosas honradas, y que aun sabe V. hacer sacrificios á la virtud en la parte mas sensible de su corazón. Efectivamente, usar el camino de la instrucción para corromper á una mujer es la mas culpada seducción de todas, y querer granjear á su dama por medio de novelas;

es tener pocos recursos dentro de sí propio. Si en sus lecciones hubiera V. adoptado la filosofía á sus intenciones y hubiera procurado sentar maximas favorables á sus intereses, en breve queriendo engañarme me habria desengañado, pero su mas peligrosa seducción es no usar ninguna. Desde el punto que se encusó de mi corazón la sed de amar, y que sentí nacer en él la necesidad de un vínculo eterno, no pedí al cielo que me estrechara con un hombre amable, sino con uno que tuviera una bella alma; porque bien sabia que de todas las prendas de que puede un hombre estar dotado esta es la que menos fastidia, y que adorna la rectitud y el honor cuantos afectos acompañan. Por haber hecho una buena elección, he tenido, como Salomón, con lo que pedía también lo que no habia pedido. Del cumplimiento de este deseo mio saco un vaticinio propio para el de los demás; y no pierdo, amado, la esperanza de poder hacer á V. un día tan feliz como merece serlo. Los medios son lentos, difíciles y dudosos; terribles los estorbos; nada me atrevo á prometerme; pero crea V. que nada olvidaré de cuanto puedan la paciencia y el amor hacer. Siga V. en tanto complaciendo en todo á mi madre, y dispóngase cuando vuelva mi padre, que al fin se retira enteramente, después de treinta años de servicio, á aguantar las rarezas de un caballero anciano, pronto, si, pero lleno de honor, que le querrá á V., sin hacerle halagos, y le estimará sin decirselo.

He interrumpido mi carta para dar un paseo en los bosquecillos inmediatos á nuestra casa: ah! dulce amigo mio, conmigo te llevaba por la mano, ó mas bien ibas dentro de mi pecho; escogía los sitios que juntos habíamos de pisar; señalaba los asilos que detenernos merecían; de antemano se esplayaban en estos deliciosos retiros nuestros corazones, y acrecentaban los gustos que con nuestra mutua compañía disfrutábamos, mientras que realizaba su valor el albergar á dos sinceros amantes, y me pasaba de que sola no hubiera reparado en las hermosuras que contigo hallaba.

Entre los naturales bosquecillos que forma este sitio encantador hay uno que mas que los otros encanta, y que me agrada mas que todos, por cuya razon le tengo destinado para causar á mi amigo cierta novedad, y que no se diga que por su parte pone siempre el rendimiento, y que nunca se lo paga mi generosidad. Allí, no obstante las vulgares preocupaciones, quiero hacerle ver cuanto mas vale lo que otorga el corazon que lo que arrebatada la porfia. Mas de miedo de que la imaginacion exaltada de V. sueñe quimeras, debo advertirle que sin la inseparable prima no iremos al bosquecillo.

Tratandose de esta, es cosa decidida, si á V. no le incomoda, que nos venga á ver el lunes. Mi madre enviara su birlocho á mi prima, V. se hallará en su casa á las diez, y se vendrá con ella, pasará el día, y el siguiente nos volveremos despues de comer todos juntos.

Aquí llegaba de mi carta, cuando me ocurrió que no tenia para remitirselas á V. la facilidad que en la ciudad. Primero habia pensado en enviar á V. uno de sus libros por Gustin, el hijo del jardinero, poniendole una cubierta de papel en que fuera mi carta escrita, pero ademas de que no es cosa segura que pensara V. en buscarla, fuera indisculpable imprudencia esponer la suerte de nuestra vida á tamaños riesgos. Así voy á ceñirme á decir á V. meramente por una esquela que venga el lunes, y guardaré la carta para darsela en propia mano; por otra parte me quedarian escrúpulos de que hiciera largos comentarios acerca del misterio del bosquecillo.

CARTA XIV.

A JULIA.

¿QUE has hecho? ah!... ¿que has hecho, Julia mia? Me has querido recompensar y me has perdido. Ebrio ó loco mas bien estoy, trastornados mis sentidos, turbadas mis potencias con tu letal beso. Has querido, cruda, aliviar mis tormentos y los agravas. Venieno era el que de tus labios he bebido, que fer-

menta en mi sangre, la abrasa, y me mata: la vida me cuesta tu piedad.

Memoria inmortál de un momento de ilusion, delirio y encanto, nunca, nunca de mi alma te borrarás, y mientras en ella esté grabada la imagen de mi Julia, mientras sienta y aliente este agitado corazon, serás tú el suplicio y la felicidad de mi vida.

Ay! de un aparente sosiego disfrutaba yo, á tu soberana voluntad sujeto; ya no me quejaba de una suerte á que te dignabas tu de presidir. Cortados estaban ya los fogosos vuelos de una temeraria imaginacion, cubiertos de un cendal mis ojos, y puesto un freno á mi corazon, atajados en mitad de su carrera mis deseos, y tan satisfecho cuanto podia estarlo. Recibo tu esquela, voy volando á casa de tu prima, vamos á Clarens, te veo y late mi corazon, escita en él nueva agitacion el suave metal de tu voz, me arrimo á ti como extatico, y necesitaba de que distrajera tu prima á tu madre, para que no conociera esta mi agitacion. Damos un paseo por el jardín, comemos tranquilos, me das á escondidas tu carta, y en presencia de tan temible testigo no me atrevo á leerla; empiezo á declinar el sol; vamos los tres al bosque á gnarecernos de sus póstreros rayos, y ni siquiera imaginaba mi pacífico candor mas grato estado que el mio.

Al acercarnos al bosquecillo vi, no sin secreto desasosiego, las señas que os haciais, la risa de entrambas, y tornarse mas vivo el encarnado de tus mejillas. Me admiré de que á la entrada de él se arrimara á mi tu prima, y, como suplicandomelo en guisa de chanza; me pidiera un beso. Sin saber que queria decir este misterio, besé á esta preciosa amiga, y aunque tan amable y tan agradecida, mejor que nunca conocí que no son nuestras sensaciones otra cosa que lo que las hace el corazon.... Pero cual me pare cuando el siguiente momento senti... me tiembla la mano... un suave temblor... tu boca de rosas... la boca de Julia... pegarse, estrecharse con la mia y apretado en tus brazos mi cuerpo. No es tan ardiente ni tan rápido el fuego del cielo, como el que en aquel punto

mis venas abrasaba. En aquel delicioso tocar se reunieron todas las partes de mi propio. Con nuestros suspiros se exhalaba fuego de nuestros abrasados labios, y agobiado del deleite desfallecia mi corazon.... Cuando á deshora veo que pierdes el color, que se cierran tus hermosos ojos, te dejas caer sobre tu prima y caes desmayada. Así al gusto sucedió el pavor, y pasó mi dicha como un relampago.

Apenas sé lo que desde este fatal instante ha sido de mí. La profunda impresion recibida no puede ya borrarse. Un favor... es un insufrible tormento.... No; llévate tus besos, que no los puedo aguantar.... Sobre manera son acerbos, sobre manera penetrantes traspasan, hasta la medula quemando.... loco, furioso me tornarian. Uno solo, uno solo me ha dado un desvario de que es imposible que sane. Ni soy ya el mismo, ni te miro la misma. No te miro como antes severa y rigorosa, sin cesar te sienta, te toco pegada á mi seno como un instante estuviste. Oh, Julia! sea cual fuere la suerte que me anuncie un desvario que no me es dado reprimir, y el trato que me destine tu rigor, no puedo vivir mas en el estado en que estoy, y veo que al fin es preciso que exhale el alma á tus plantas.... ó en tus brazos.

CARTA XV.

DE JULIA.

IMPORTA mucho, amigo mio, que por un poco de tiempo nos separemos, y esta es la primer prueba de la obediencia que me tiene V. prometida. Si en esta ocasion lo exijo, crea que tengo poderosísimos motivos; y ya V. sabe que es necesario que lo sean mucho para resolverme; por lo que á V. hace, no necesita otra que mi voluntad.

Mucho tiempo ha que, tiene V. que hacer un viaje al Valais, y querria que le pudiera hacer ahora que todavia no hace frio. Aunque aquí aun sea agradable el otoño, ya ve V. cubierta de nieve la punta del Diente de Jaman (1), y den-

tro de seis semanas no consentiria yo que fuera á pais tan frio. Procure V. salir mañana, me escribirá bajo el sobre que le envio, y me enviara el suyo cuando haya llegado á Sion.

Nunca me ha querido V. hablar del estado de sus asuntos, pero está fuera de su patria, sé que tiene poco caudal, y que le gusta aquí, donde á no ser por mi no estaria. Así puedo suponer que parte del bolsillo de V. se halla en el mio, y por eso en el que contiene esta caja, que no abrirá delante del portador, le envio algun dinero á cuenta. No trato de desvanecer las objeciones que para recibirle pudieran oponerse; le estimo á V. sobrado para creer que me haga ninguna.

Mando á V. no solo que sin mi orden no vuelva, mas tambien que se vaya sin venir á despedirse. Puede V. escribir á mi madre ó á mi, solo para avisarnos de que se ve precisado á ausentarse inmediatamente por un asunto inopinado, y darme, si quiere, algunos consejos acerca de mis estudios hasta su vuelta, pero todo con naturalidad y sin ninguna señal de misterio. A Dios, amigo mio; no olvide V. que se lleva consigo el corazon y el sosiego de Julia.

CARTA XVI.

RESPUESTA.

LEO una y muchas veces la terrible carta, y me estremece cada linea. Obedeceré sin embargo; lo he prometido, debo hacerlo; obedeceré. Pero no sabe V. no, fiara, ni sabrá nunca cuanto á mi corazon tan penoso sacrificio cuesta. Ah! no tenia V. necesidad de la prueba del bosque para hacerme sensible, y tan refinada crueldad de esa alma despiadada ha sido en balde, porque la puedo desafiar á V. á que me haga mas desventurado.

Recibirá V. su cajita en el mismo estado en que me la ha enviado. Sobrada demasia es juntar con la cruz del oprobio, si la he hecho á V. dueño de mi suerte, no le he dado arbitrio en mi honor: deposito sagrado (ay! y el unico

(1) Montaña elevada del pais de Vaud.